

CHINA Y JAPON

Hoy escribo desde la sala de ordenadores de la Nomura Medical School en Tokio.

Como sabes, Tokio es capital del país del sol naciente, ejemplo de orden y disciplina y tierra de contradicciones. Pero llevo en esta ciudad impoluta sólo una semana y el dinero huye de mi bolsillo sin que pueda controlarlo. En Japón te cobran hasta por respirar.

He accedido a el ordenador desde el que escribo esto por la intermediación de **Sara**, una de los encuentros más oportunos que he tenido en lo que va de viaje. Hasta ahora he tenido suerte con el tema hospitalidad:

1. Rusia: en cada localidad que me bajé del Transiberiano algún ruso se ofreció para darme un tour. Dentro del tren me trataron fantásticamente.
2. Mongolia: además del tiempo que pasé en el lago Hovsgol con la familia nómada, conocí a Batsegseg que se ocupó de enseñarme las noches de Ulan Bataar y me dejó usar los ordenadores de su oficina.
3. Pekín (Beijing): en el Lago Hovsgol de Mongolia conocí a Jules, una californiana con la que después coincidí en Pekín, escala previa a mi llegada a Tokio y donde me quedé una semana. Jules viajaba becada por la National Geographic Society. Me invitó a compartir habitación en el lujoso hotel donde se alojaba. Ni que decir tiene que aproveché para compartir sus comodidades.
4. Tokio: en casa de Sara.

Pero debo retroceder a los días en Pekín, antes de mi llegada a Japón:

Desde Ulan Bataar retomé el tren Transmongoliano para dirigirme dos mil km hacia el sureste, hasta Pekín, capital de China. Un tren bastante mas cómodo, sofisticado y caro que el ruso. Y más turísticos.

En Pekín pagué las consecuencias de la apertura económica china: en esta mega-urbe de mas de 10 millones de habitantes hay 34 Mc Donalds y 4 Pizza Huts, decenas de enormes rascacielos acristalados y demasiados turistas. Durante una semana recorrí los recovecos de la ciudad en una vieja bicicleta alquilada, mezclándome como un grano de arena entre la marea de ciclistas chinos.

La estancia de una semana en la moderna y abarrotada Pekín no merece más comentarios. No me pareció demasiado interesante.

Sin embargo, en una de sus calles conocí a Sara, sueca y origen coreano. La forma en que nos encontramos fue de lo mas anormal:

Eran las diez de la noche en esta megalópolis, solo un día después de la partida de Jules. Volvía a mi albergue pedaleando cansinamente en una destartada y chirriante bicicleta alquilada. Supongo que la bici estaba fabricada en alguna megafactoría de Shanghai o Guangzhou por operarios que cobrarían no más de 100 pesetas por una jornada de 12 horas enroscando pedales y

apretando tornillos. Estaba cansado después de haber visitado durante el día entero la abarrotada Ciudad Prohibida y el agradable Templo del Cielo.

De repente, la apacible corriente de bicicletas se desgarró, abriéndose desordenadamente para abrir paso a una persona que corría en dirección a mí. Era una mujer con aspecto asiático. Vestía demasiado bien como para ser una china más. Llevaba un bolso y un maletín. Cuando estuvo lo suficientemente cerca la noté azorada y con el gesto desencajado. Con voz entrecortada y con un perfecto inglés, me explicó que acababa de llegar a Pekín y al subirse a un taxi y pedirle al conductor que la llevara a un hotel, el taxista había intentado abusar de ella. Escapó abriendo la puerta con el vehículo en marcha.

Me tocó ser el primer occidental que veía después del incidente. Me pidió que la ayudara a encontrar un albergue de mochileros y la llevé al lugar donde yo me alojaba. Le gustó y se quedó. Durante los días siguientes me acompañó a visitar algunos monumentos y parques.

Sara no es china. Nació en Corea y fue abandonada por su madre en el portal de una casa cualquiera en las calles de Seúl, a los seis meses de edad. Fue adoptada por una familia sueca que se la llevó a vivir al Norte de Suecia. 27 años después consiguió una beca que le permitiría obtener un doctorado en ingeniería genética en el departamento de neurobiología de la Nomura Medical School. En el momento que la conocí venía de tomarse una semana de vacaciones en el interior de China.

Al final de mi estancia en Pekín, y ante mi gran sorpresa, Sara me ofreció las llaves de su apartamento en Bunkio Ku (estación de Metro Sendagi), uno de los barrios más caros de la capital de Japón. Ahora es ahí donde vivo, ahorrando las 10,000 pts que como mínimo cuesta un alojamiento barato en la ciudad más cara del mundo. Con ese dinero podría vivir dos semanas en Mongolia. En Tokio he pasado una semana de lujo.

Sara llegó de Pekín ayer y esta noche me va a llevar con sus amigos japoneses a cenar en un restaurante mejicano/japonés (!!) y más tarde a Ropongi, lugar de la movida (¡juro que en Tokio hay gente que se divierte!).

Ayer estuve en la Disneylandia de Tokio, un calco a la de Orlando (y supongo que París), aunque algo más pequeña. Las colas para las atracciones son desesperantes, como en EEUU. Sin embargo en Tokio, mientras avanzas a paso de tortuga en los interminables laberintos de cuerdas, sufres menos al no cruzarte dieciocho veces con la misma gorda de 250 kilos, ruidosa, mascando chicle con la boca abierta, vestida con shorts, camisa a punto de reventar, chanclas de flores y gafas de sol psicodélicas. Tampoco tengo que escuchar fragmentos de sus estridentes comentarios sobre el último modelo de licuadora que se ha comprado en un shopping.

Transcribo de madera desordenada y según me llegan, algunas **IMPRESIONES** sobre los japoneses y sobre Tokio, tan diferente y al mismo tiempo tan parecida:

Tokio es la ciudad mas organizada y limpia que he conocido. Pero también la más cara: una Coca Cola cuesta 250 pelás. Billete para el cine, 2500 pesetas. Hamburguesa en Mc Donalds, 1000 pesetas. Hotel muy barato 8000. Metro 200. Helado 400. Mini Sandwich en un 24 horas, 300 pelás. Café 250. La bajada de bandera en los taxis son 900 pelás. Para compensar, la electrónica es relativamente barata. (Nota: estos precios están algo desactualizados).

Probablemente estoy en uno de los países más machistas del mundo desarrollado. Las empleadas de comercio o restauración, tras finalizar tu compra, emiten con una sonrisa frases estereotipadas reproducidas a través de vocalizaciones ininteligibles. Según tengo entendido, intentan no demostrar un ápice de inteligencia delante de los hombres. De esta manera resultan más atractivas (sic). Visten elegante pero sobriamente y se maquillan poco. Se rumorea que son muy sumisas. Muchas llevan un pequeñísimo teléfono móvil y las ves hablando desde cualquier lugar. La palidez y los zapatos de suela alta y de plataforma tan de moda desde el fenómeno Spice Girls.

Los ciudadanos de Tokio son amables y tienen buenas nociones de inglés, por lo que es fácil orientarse. Sin embargo, los extranjeros que viven en Tokio me comentan que los japoneses discriminan a la gran mayoría de los no japoneses, incluidos los europeos y norteamericanos. Ninguno de los extranjeros que he conocido aquí desean quedarse a vivir en Japón definitivamente.

Los coches están SIEMPRE nuevos e impecables. Aún no he visto un vehículo con una mínima capa de polvo sobre la carrocería. Cuando el coche cumple 5 años de antigüedad los impuestos de circulación suben tanto que los japoneses prefieren cambiar de auto cada 2 o 3 años. Aquí conducen por la izquierda y lo hacen muy deprisa. Aún no sé que hacen con los coches usados. Son tan, o más, consumistas que los norteamericanos, sin embargo, el hogar típico japonés tiene muy pocos muebles.

Tokio es la ciudad de la **CONTRADICCIONES**.

El turista o viajero que venga a Japón con algún prejuicio, probablemente quedará confundido. Aquí algunos ejemplos:

La pausada ceremonia del te contra el ritmo frenético del centro urbano, los numerosísimos templos budistas y zen contra los rascacielos de oficinas de la calle Ginza, Disneylandia y hamburguesas contra la popular comida japonesa. Tiendas de moda Europea en cada esquina contra el retorno de la moda kimono en las mujeres acomodadas. Admiración del físico "caucásico" contra xenofobia. Corbata y camisa blanca de los ejecutivos treintañeros contra pelos de pincho pintados y pendientes en la nariz entre los más jóvenes. Ni una colilla en la calle, pero cucarachas en las habitaciones. Potencia intelectual contra insultante machismo. Mezcla entre la iniciativa individual contra intervencionismo estatal. Humildad aparente, formalismo y admiración por el estilo de vida occidental contra elevado orgullo nacional y salvaguarda de las tradiciones. Emperador con carácter semi-divino contra numerosos escándalos de corrupción política. Los 90,000 componentes de la Yakuza (mafia) conviven pacíficamente con una de las policías más eficaces del mundo.

(La Yakuza obtiene sus ingresos a través del crimen de guante blanco, normalmente el juego. Los crímenes en Japón suelen ser ajustes de cuentas entre los propios representantes de la Yakuza).

Mitología tradicional contra supercomputadoras. Organización absoluta, contra caos para llegar a cualquier dirección.

Las calles no están numeradas. Las calles y casas en Tokio están subidas una encima de otra. He visto pocas avenidas. Tengo la agobiante sensación de que falta espacio. Viven en minúsculos apartamentos y casitas con todos los avances tecnológicos. Tres habitaciones es un lujo.

El aire de la ciudad es relativamente limpio.

El metro de Tokio es el sistema de transporte público más eficiente que he visto. Las aglomeraciones con "empujadores" para que todos quepan en el vagón son un mito. Los Japoneses tienen una increíble capacidad de quedarse dormidos en cualquier lugar. El metro parece un

dormitorio colectivo.

En contra de la creencia general, el japonés no trabaja más o mejor que el occidental. Simplemente le dedica más horas. Después de una larga jornada saldrá a divertirse con sus compañeros de trabajo y continuará hablando de negocios en los restaurantes y bares. Llega a casa, frecuentemente borracho, cuando su familia está durmiendo.

Los estudiantes preuniversitarios se rompen los cuernos por acceder a una universidad prestigiosa. Una vez que acceden, se pasan 5 o 6 años sin pegar golpe.

Excepto los más jóvenes (menos de 25 años), los varones japoneses caminan ciegamente hacia adelante buscando terminar la reconstrucción y recuperar el orgullo de una nación destrozada y humillada en la Segunda Guerra Mundial. Parece que aún no se enteraron que la reconstrucción ya terminó, y sacrifican su vida y familia por la empresa e indirectamente, por su país.

Mi plan era utilizar Tokio como escala previa para acceder a la Micronesia. Pero he tenido que cancelar el viaje. Dicen que Guam, Palau, Yap y Chuuk son los mejores sitios del mundo para bucear. Pero las tarifas aéreas desde Tokio son prohibitivas. Sólo el billete de avión cuesta 300,000 pesetas. Debería haber hecho la escala en Corea o Hong Kong. De todas maneras, me alegro de no haber volado porque ayer se estrelló un Jumbo de Korean Airlines con 264 pasajeros en viaje de Seúl a Guam.

Mañana vuelo a Australia, donde espero pasar 3 semanas antes de continuar hacia Nueva Zelanda y perderme por alguna isla del Pacífico Sur.